

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el extranjero: Tres meses, 8'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico ó en billetes ó en otros de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—La correspondencia al Administrador.

Cooperativas de Consumo

Hablamos ayer de las cooperativas de consumo desde un punto de vista general; debemos ocuparnos hoy de semejantes instituciones más concretamente, y para ello nada mejor que trasladar a juí, en breve síntesis, algunas ideas expuestas por el eminente economista Charles Gide, en su admirable obra *Les sociétés coopératives de consommation*, que todavía, si no estamos equivocados, no se ha traducido á nuestro idioma. Charles Gide es, como el lector sabe, profesor de economía social en la Facultad de Derecho de la Universidad de París, y de la Escuela nacional de Caminos y Puentes de Francia.

Sus obras *Coopération, Économie sociale, Principes de Économie politique, Cooperativas de producción*, le han conquistado la admiración universal y el reconocimiento del proletariado consciente de todos los países. Es lícito, por tanto, que nosotros divulgásemos sus ideas acerca de las cooperativas de consumo, cuando se trata de crear una en Cartagena, y cuando elementos que se dicen progresivos acogen con una hostilidad digna del taparrabos aucestral, el beneficioso proyecto.

En un sentido amplio—dice Monsieur Gide—hay cooperativa de consumo siempre que muchas personas, representando las mismas necesidades, se asocian por medios colectivos para satisfacerlas mejor que lo harían por medios individuales. Generalmente se comienza por la más importante de esas necesidades, que es la de la alimentación, ó por una de las categorías particulares de esta necesidad general, tal como el pan, el vino, las carnes, etc. Así, Monseñor von Ketteler, Arzobispo de Magnucia decía que la cuestión cooperativa se resuelve en una mera cuestión de alimentación *La sociedad cooperativa de consumo no tiene otro fin que el de permitir á la clase obrera alimentarse mejor y más barato*. Para convencerse de que ese fin no es mezquino basta pensar:

1.º Que para una fracción considerable de la clase obrera—Mr. Gide

calcula que en las ciudades inglesas asciende del 27 al 30 por ciento, pero sabido es que la proporción en España es mucho mayor—el salario no basta para adquirir el número de gramos de alimentos necesarios, según los higienistas, para el sostenimiento de la vida física.

2.º Que los medios de adquisición de que dispone el obrero, ya seducidos por sí mismos, son todavía más reducidos por la imposibilidad de emplearlos económicamente. El compra por pequeñas fracciones diez céntimos de azúcar ó de café, á pequeños comerciantes que le proporcionan las mercancías de tercera ó cuarta mano, empeoradas de calidad y aumentadas de precio, habiéndose quedado una ganancia en cada mano, por la que las mercancías pasan. Tiene que soportar la insolencia de aquellos de sus camaradas que habiendo comprado á crédito, no han podido pagar. Sufre, sea por ignorancia, sea por resignación cuando está obligado á comprar á crédito, todas las falsificaciones que la lucha por la vida impone á aquellos revendedores á menudo tan pobres como él. Condiciones todas tan desfavorables; como de un modo espiritual, mente irónica se ha dicho en la siguiente frase: "No hay muchos ricos que puedan pagarse el lujo de comprar en las mismas condiciones que los pobres".

La cooperativa de consumo, sobre todo cuando se apoya sobre federaciones numerosas que puedan comprar en grande, barre todas esas miserias. Puede en primer término, si se propone la baratura, vender las mercancías á precios muy inferiores á los del comercio. Y si vende al mismo precio que el comercio, puede beneficiar al consumidor con un suplemento de calidad,—más elementos nutritivos en el alimento, más duración en las ropas—y también de un suplemento de cantidad que resalta del *justo peso* para el pan, para la carne, para todo. Ella constituye una INSTITUCIÓN DE HIGIENE SOCIAL DE PRIMERA FUERZA, y no es ciertamente ajena á ella la disminución de la tuberculosis tan notablemente apreciada en Inglaterra.

Todo lo anterior es un extracto de Mr. Gide; acredita esto nuestra sinceridad, puesto que facilita á los adversarios de la cooperativa el conocimiento de un asunto que ignoran y de un autor que no han oído nombrar jamás,

siendo así que pudiéramos ocultar la procedencia de las precedentes ideas, sin peligro de que se nos descubriera. Pero no se trata aquí de cosas personales sino de un fin social humanitario justo, beneficioso y por ello mismo prescindimos de todo lo que no conduzca derechamente á ese fin. Hablaremos mañana del mismo asunto y bueno será que los que tengan algo que oponer lo vayan diciendo. Bien entendido que replicaremos á las objeciones que nazcan de la buena fé, pero de ningún modo á ironías ridiculas ni á insinuaciones insidiosas. El tema es interesante: el lector conocerá una estadística completa del movimiento cooperativo. Nos acompañará en un análisis de los diferentes modos de venta, de la repartición de beneficios posibles, de los derechos de los cooperantes, del empleo de los capitales—y comprobará como un pequeño capital es suficiente—de las diversas clases de cooperativas de consumo—comestibles, panaderías, carnicerías, tiendas de vino, farmacias, etc., etc.—de las federaciones cooperativas, de las causas de éxito ó de fracaso en las mismas, de los empleados en ellas—número, situación, participación en los beneficios, participación de los socios en la administración, etc. etc.

Y si alguien desea conocer estos extremos de un modo más detallado del que exige una publicación de la índole de la nuestra, también estamos dispuestos á facilitarle una lista bibliográfica donde estudiar extensamente la materia.

Sonatina

Como dulce eco lejano llega á mí, al rayar el día, la suave melodía del acento de un plano. Y á pesar de la distancia la imaginación ardiente se entrega al dulce far niente, que invade toda la estancia. Y veo á la artista gentil posar su mirada pura en la abierta partitura que cesansa en el alí... — ¡ Linda artista misteriosa... mi mente, ¡oh musa del Bien!, ciecela tus manos en trozos de marfil y rosa!... Y mientras vibra el consuelo de sus armonías remotas van llegando á mí las notas como una risa del cielo... Y alestargado en mi fe ensueño un amor-poeta oyendo la melodía de la música de Grieg... Estel an Satorres.

Destitueioneitas

¡Qué horror!
¡Qué días más amargos hemos pasado!

"La Tierra", don Apolinario y nosotros, hemos estado, *atufidos, paralisidicos y ensimismidos*.

¿Que lo han destituido?, preguntaba "La Tierra", indignada.

¿Que me han destituido?, musitaba gembundo D. A. A.

¿Que nos lo han destituido?, clamamos nosotros, llorosos y atribulados.

Y "La Tierra" temblaba primero y se reía después; don Apoli miraba tiernamente el bastón de mando, con borlas lácias y flácidas y nosotros, ante el presunto *cadáver* político del "Ex-solitario de Pozo Estrecho", derramábamos una lágrima, como recuerdo á las muchas que nos había hecho derramar... de risa.

Y todos á una, gritáramos:
¡Que nos entierran juntos!

¡Y qué lío!
No acostumb.: "La Tierra" á informar bien á sus lectores.

Pero en esta ocasión se ha excedido, en su mala información.

Suelta el trueno gordo, el de la destitución de don Apoli y mezcla en el asunto una *maleta*.

¡Que en la *maleta* venía la destitución!

¡Que en la *maleta* venía el sustituto!

¡Que la *maleta* era la del destituido!

¡Que la *maleta* era el destituido!

Cada cual interpretaba aquella *maleta* á su gusto.

¡Y es que tratándose de política local, hay tantos *maletas*!

¿Y por qué esa arbitraria *destitución*?, se preguntaban todos los admiradores de D. Apolinario (toda Cartagena y algo más.)

Y aunque dándole significación distinta, todos contestáramos lo mismo:
¡Por Apolinario!

Se hablaba de que Fulano había recibido un telegrama del Ministro que decía:

"Carrión-Norriac."

Y aquí de las interpretaciones.

Unos creían que eso quería decir sencillamente, que Carrión era el inventor de esas pastillas.

Otros afirmaban, que significaba:

Puede irse Carrión á... tomar pastillas.

Y los más aseguraban que la traducción lógica era la siguiente: A Carrión lo vuelvo yo del revés.

¡Qué horrible duda!

¿Y quiénes eran los causantes de ese *medio luto regional* que íbamos á sufrir?

¿Qué idea mezquina y pequeña había impulsado á los que así *destitúan* á lo mejorcito de la casa bloquista?

¡Ah! nosotros podemos decirlo, pues el público tiene derecho á saberlo todo.

Los *tiernos* verdugos de aquella *tierna* personalidad, eran los que se reunían en tal sitio, y á tal hora y con tales fines.

Y el móvil (sin auto) que les guiaba era el siguiente:

¡Ocupar el cargo del *destituido* entre todos, relevándose por semanas!

¡Ambiciones bastardas!

Pero afortunadamente para Cartagena y su término municipal, el Bloque velaba.

Los directores del Bloque estaban despiertos.

Y el diputado del Bloque, está siempre ojo avizor.

Y á las primeras noticias que circularon, marconigrafió en doble pequeña al Ministro.

Y el Ministro *le contestó*.

¡Aprenda usted señor diputado!

Plenamente autorizados, por nosotros, podemos facilitar copias de los *marconigramas* cambiados:

"Inmunidad parlamentaria Bloque á Ministro.—Revestido toga legislador y gorro dormir (es media noche y abandono lecho para ponerme toga sin quitarme gorro) comunico V. E. partido liberal que me *acató* jefe (aunque yo no *cato* jefatura) protesta como un *solo hombre* (el partido en masa) atentado presunto destitución Apoli.—Si tócanme *Baticario*, si niéganme vara para amigo, si revocánme hasta respiración, anuncio interpelación y *que me conteste Mauro*, ó no hay salvación en esta circunscripción.

"Ministro á gorro legislador, toga de dormir, del Bloque é impunidad extraparlamentaria: (Nota de la redacción=Se conoce que el telegrafista, que no está *acostumbrado* á que se saquen á todas horas esas prendas de vestir, se armó su lío). Asombrado tonterías dice, dicen por ahí, levántome lecho, despójome camiseta y present-

tome ante Su Señoría, desnudo de malas intenciones, para que vea Su Señoría mi buen deseo de servirle.—Telegrama dirigido por mí, é interpretado por envidiosos, chismosos, y etc, etc, que combaten Bloque, decía "Carrión-Norriac, es decir; Digale á Carrión que envíe pastillas... pá el gato..." Ante temor interpele Mauro y ocasione conflicto, pues se encarecerían las patatas y tomates, mejoro en tercio y quinto á Boticario Apoli y lo nombro Gobernador Provincia—Alcaldía vacante para Anaya y prepare Su Señoría equipaje (ganas sé que tiene de sobra) para relevarme Ministerio—Así ni Dios revocará acuerdos Bloque=Estreche dos manos partido completo..

Ya con estas noticias se tranquilizarán nuestros lectores. Es decir, se quedarán tranquilos en cuanto á lo de la *destitución*.

¡Porque en cuanto á lo otro!

¡Alcalde, Gobernador y Ministro bloquista?

¡Pies, para que os quiero!

Un Apolinista

Fallecimiento

Madrid 14-9 m.

Ha fallecido el exministro de Ultramar y Gracia y Justicia D. Trinitario Ruiz Capdepón.

Contaba 75 años, era senador vitalicio y uno de los pocos parlamentarios de los que pertenecieron á las Cortes constituyentes del 69 que representó en el Congreso al distrito de Játiva.

Fué catedrático de la Universidad de Valencia y con el partido liberal desempeñó siempre importantes cargos públicos.

A su domicilio de la calle del Barquillo acuden á firmar todos los políticos.

Campo neutral

Juventud antibloquista

Para Molibjeno.

CONTESTANDO.

Doloroso es que la pluma se esgrima como ruín medio de ataque y la habilidad como ventajosa fortaleza, donde escudarse en la contienda que la vida necesita sostener.

Temerario el contender en tales condiciones y con adversarios que ocul-

inaccesibles por sus posiciones y cuyo sitio formal desdeñaría seguramente un ejército enemigo.

•Todas las aldeas de la Selva Negra, habían sido ocupadas igualmente en un radio de muchas leguas cuadradas, y nuestras tropas tenían orden de dejar pasar el grueso del cuerpo del ejército francés, cuyo plan de campaña nos había sido revelado por un espía, de caer sobre la retaguardia, saquear los furgones y ambulancias, y no dar cuartel á nadie.

•Desde el segundo día de mi instalación en la Selva Negra tuve ocasión de hacer un reconocimiento hacia la parte del Oeste, con ocho ó diez jinetes por toda escolta.

•Los exploradores enviados hacia la vanguardia de los franceses no se habían replegado todavía, y todo me hacía suponer que no corría ningún riesgo dirigiéndome casi solo en medio de aquellos vastos bosques de pinos, donde cada árbol hueco, cada roca, cada precipicio, ofrecen seguro asilo. Además—añadió el onde con altiva sonrisa,—yo nunca he calculado el peligro.

—Lo sé—murmuró el vizconde, que escuchaba atento.

—De los ocho hombres que me acompañaban—prosiguió el narrador—seis eran austriacos, el séptimo era húngaro y el octavo del país de Baden, quien pretendía conocer á la perfección toda la selva, con sus laberintos sin fin y sus encrucijadas numerosas.

Algunas provisiones que hablamos llevado con nosotros, fueron rápidamente devoradas en la sombra. No habria sido prudente encender fuego y atraer así la atención del enemigo, tanto más, cuanto que el ruido de la fusilería iba acercándose gradualmente.

•Juzgué que el combate, empeñado en diversos puntos á la vez, no debía distar más de una legua.

•Con todo, una vez cerrada la noche, las descargas cesaron poco á poco; los tiradores sin duda se habían replegado á su espalda, pero empezamos á oír confusamente, y repercutidos por los numerosos ecos del bosque, esos mil ruidos vagos ó sonoros que resultan de la marcha de un ejército.

•Así, pues, no solamente me exponía á morir sin gloria, fusilado como traidor, sino que además me hallaba ausente de mi puesto de combate.

•Esta idea me hacía aborrecer doblemente á aquella nación francesa, que nos había proscrito; y, cegándose la cólera, resolví incorporarme con las tropas austriacas á todo evento, aunque me mataran, en mi empeño de hacerme paso por entre las filas francesas.

—¡A caballo!—grité á mis hombres,—¡a caballo y en marcha!

—Capitán—balbuceó el badenés,—mejor haríamos en esperar al día.

—¡No, no!—grité colérico—¡a caballo!

•Me veía, pues, reducido á errar á la ventura por entre aquellas soledades inmensas, decididos, yo y mi gente, á pasar la noche en el bosque, aun cuando los franceses debiesen cercarnos durante nuestro sueño. Tomada esta resolución, llegó á nuestros oídos el ruido lejano de la fusilería, que venía á *mis* mismo tiempo del Nordeste y del Sudeste. Por ese ruido no era difícil reconocer la situación de los numerosos tiradores distribuidos de espacio en espacio en la Selva Negra; así que comprendí al momento que Karl nos había extraviado de tal manera; que en vez de diriginos hacia el Oeste, nos había hecho descender al Sud, donde el ejército francés, que contábamos encontrar para replegarnos en seguida precipitadamente, había pasado dos leguas más abajo de nosotros, describiendo un semicírculo y envolviéndonos así involuntariamente.

•Ya no era, pues, posible pensar en reunirnos á nuestra gente y acantonamiento; era menester ocuparse de una sola cosa: evitar el caer en la ruta de un cuerpo de tropas francesas, si no quería ser fusilado como emigrado y como tráfuga.

•Un barranco profundo, la obscuridad de la noche, la espesura del grupo de árboles, bajo los cuales buscamos un abrigo hasta el rayar del día, todo parecía asegurarme que seis mil franceses podían pasar á tiro de fusil sin adivinar nuestra presencia; y después de haber atado nuestros caballos, mis soldados y yo nos envolvimos en nuestros capotes y nos echamos sobre la hierba.